



La tercera orilla IX



*¿ Viajero, de dónde vienes,
Qué así sonríes callado ?
¿Qué canción escucharon tus oídos,
Qué fruto gustaron tus labios?*

Cuando los seres que amamos se van de nuestra vida, empezamos a extrañarlos y convertir esos defectos que tanto nos atormentaron en cualidades y a las discusiones les cambiamos el nombre por “diferencia de criterios”.

Ahora que no están, extrañamos su risa, encontramos la excusa perfecta a los ronquidos que antes nos desvelaban y recordamos con una sonrisa los disgustos que nos arrebataron una lágrima. Estos sentimientos encontrados nos embargan, cuando los que amamos o conocimos se fueron de nuestras vidas hacia el camino final que todos tenemos que emprender: la muerte.

Parece que también esta misma concepción de valorar a los que ya están de descanso en su última morada, también pasará con los escritores y es lamentable que después de muertos rendimos homenajes, ahora que no nos escuchan y que no pueden ver nuestros rostros de asombro al conocerlos y que nos permiten tocar sus almas a través de las líneas escritas en sus libros, en donde nos llevan de la mano a través de las historias que nos hacen transportar a los lugares por donde ellos pasaron.

Así, también pasó para nuestro Maestro Tomás Vargas Osorio y digo Maestro porque, después de leer su obra, no encuentro otra palabra, pues dejó una huella que trasciende a través de la historia y con un talento único para deleitarnos con sus escritos en prosa, sus poesías y ensayos críticos y filosóficos.

Después de muerto, hoy quiero referirme a su obra y dejar constancia que es uno de los grandes embajadores de la cultura y del periodismo santandereano y un gran escritor colombiano. Un hombre visionario, pues se adelantó a los hechos y predijo el poder que tendrían los jóvenes en las decisiones gubernamentales y también previno el mal que acechaba a la patria cuando se hace política en busca de beneficios económicos propios, intercambio de favores y dádivas, como las que hoy vemos en nuestros políticos colombianos.

Su obra literaria inició cuando caminaba por las calles empedradas del Socorro en 1917. Y en ese recorrido miraba el paisaje santandereano, desde allí empezó su sensibilidad y encontró ese algo maravilloso e imperceptible a los ojos de los demás, a vislumbrar con la transformación de la ciudad.

Entre ese ir y venir desde que inició sus estudios secundarios en el año 1919 hasta 1933 ocupó varios cargos, escribiendo para el Suplemento Literario, también lo vimos como colaborador en el Diario Nacional. Como político interviene en la campaña presidencial de Olaya Herrera. En 1933 intensifica su actividad literaria y política. Dirige El Liberal del Socorro. Los viajes al exterior le sirvieron para divulgar y afianzar su labor que lo llevaron a desempeñar el cargo de director del periódico Vanguardia Liberal, en Bucaramanga.

Para Tomás Vargas Osorio, como a los grandes escritores, la familia y su tierra fueron el motivo de su inspiración para hacer de esos pequeños detalles cotidianos una gran historia y los sentimientos mencionados los podemos percibir, entre otras, en las siguientes obras: Cuentos Santandereanos, El Paisaje y el Hombre Santandereano, Infancia, Lluvia en el Campo, Entre los Pastos, El último hidalgo, Hombres, La Aldea Negra, Encrucijada, El Enganche, Vida de Eugenio Morantes, Poesía, Linde, Voz, Clamor, La Muerte es un país verde, Elgías, Poemillas, Huellas en el Barro, Regreso de la muerte, Santander Alma y Paisaje, Biografías imaginarias.

Allí, entre el olor de los limones, el nido de pececillos y el extraño, dulce y suave recuerdo de los nidos de ciruelos, y todos los objetos de su casa, los corredores, rincones, los primos, el río en su recorrido abriendo paso, las macetas sembradas con rosas que adornaban los balcones, lo inspiraron primero como adolescente soñador en su tierra y después en su nostalgia en medio de la lejanía, añorando su tierra, permitiendo que se alterara su sensibilidad que dio como resultado una obra llena de poesía y ternura en todos sus escritos e hizo de las pequeñas cosas un mapa para contar sus sueños. El tiempo también fue su enemigo, pues fue demasiado corta su existencia, pero en cada uno de los objetos duerme una historia interesante, e hizo de actos tan simples como tomar café, o jugar cartas, escuchar el sonido del río bañando las riberas, las alegrías y también las penas del corazón, pero todas unidas a un paisaje a unos colores que identifican su región y que no sabemos si es la poesía la que hace verdadero y bello el paisaje o es el paisaje que se viste de poesía.

En los cuentos y en la poesía de Tomás Vargas Osorio existe un mundo de sentimientos poéticos realizados con imágenes, con sonidos que llegan como el cielo, como la tierra agreste donde el santandereano, con su trabajo ha transformado su entorno, obedeciendo a sus instintos, a la búsqueda de su identidad, donde no existen límites para hacer que el santandereano sea cada día mejor.

También con la transformación del paisaje y de las ciudades encontramos que se pierden costumbres que nos reunían alrededor de la familia para rezar el rosario, como se perdió no solo en Santander, sino también en todos los hogares colombianos, producto de la tecnología y de las nuevas culturas. Y aquí encontramos que la cultura es la modificación de la naturaleza, como parte de la transformación y crecimiento del hombre, pues vemos como se ha ido cambiando las grandes extensiones de llanuras por unidades residenciales, colegios, hospitales, coliseos, desvíos del curso natural de ríos y quebradas para el desarrollo de las ciudades.

Además, podemos mirar como se ha transformado Santander de su cultura original pues las coplas santandereanas, han ido desapareciendo para darle cabida al reguetón, al vallenato, y las

torres tranquilizadoras del espíritu, que anunciaban con sus campanas musicales el momento de oración, en medio de las ciudades, que hacía referencia Tomás Vargas, son visitadas más por costumbre que por oración.

Leer su obra no es solamente leerla. Es sentirla y viajar por los lugares, mojarse con el agua del Río del Oro, que el autor va narrando y para lograr que el lector logre esa comunión tiene que ser un escritor como Tomás Vargas Osorio, pues logra que el lector se compenetre en cada uno de las narraciones de sus obras, como lo vemos en Cuentos Santandereanos, como lo mencioné anteriormente, la narración es tan rica que hasta se puede sentir el sonido de los dados en la “Cantina de Matías”, o el vaso de licor que sorben lentamente como esperando que las horas no pasen o pasen tan velozmente que no sientan que ha llegado un nuevo día, que se juega a una mujer y puedas sentir el terror de sentirse acariciada con una manos que no son las deseadas, sentir el latido de su corazón veloz, hasta dejarlo quieto, ver el ligero chapoteo en el río, mientras que el cuerpo, de la mujer desaparecía, es algo maravilloso en este cuento Hombres.

Tomás Vargas Osorio en su obras hace posible conocer el paisaje santandereano, sus orígenes, y que existen otras forma de protestar para expresar nuestras inconformidades y la nostalgia que produce la violación de la tierra, que eran las reflexiones que hacía sobre la importancia de la relación del hombre con el paisaje.

El conocimiento de nuestros orígenes solo es posible si defendemos nuestras costumbres y nuestras tierras y las plasmamos en escritos como los que realizó Tomás, pues aunque hoy tengamos la posibilidad de cambiar el paisaje a través del **Photoshop**las, las imágenes que vemos hoy a través de las historias que leemos de Tomás quedarán por siempre es nuestra mente como un legado y hacen parte de la nostalgia del pasado de un paisaje que tiende a desaparecer. Sus obras muestran por qué el paisaje es el producto y reflejo del alma humana santandereano, pues a través de los anhelos, los sueños, las frustraciones, los aprendizajes, se elabora la cultura y logra fusionar la historia y la filosofía.

Los ensayos que hizo sobre diferentes temas y los grandes personajes convierten su obra en una aventura sin fin, en una suma de reflexiones y de visiones, futuristas que aún hoy se aplican al mundo moderno.

En su obra siempre encontramos algo que no había leído antes, un lenguaje limpio, a pesar que en su obra ocurren hechos trágicos.

Cuando se habla de la historia contenida en los textos de este escritor sobresalen como constantes básicas la descripción del paisaje rural, la comparación entre el campo y la ciudad, las influencias heredadas de la cultura española y la actitud sobria del campesino santandereano. La evocación del paso del tiempo lo asemeja a la muerte y pareciera que, desde que inició su carrera literaria, Tomás hubiera adivinado su destino y hubiera presagiado su muerte a tan corta edad, pues para mí, el paso del tiempo es una forma de morir y en este escrito, deja ver su nostalgia.

“...Pensaba en el tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Cuándo hace su aparición en nuestra vida? Para la mayoría de los hombres el tiempo aparece cuando se va llegando a los treinta años. Entonces empieza a descubrirse un paisaje diferente, más profundo que extenso. No son las cosas externas, que viven independientemente de nuestro propio tiempo personal, las que constituyen ese paisaje; sino nuestra alma misma sobre la cual volcamos una mirada penetrante y angustiada, llena de perplejidad y de incertidumbre. El adolescente no conoce su alma. Vive entonces en las cosas, en una dimensión de superficie sin hondas tensiones; pero

llega un momento en que comprendemos que entre las cosas y nuestra alma existe una diferencia de duración y que esa diferencia constituye nuestro propio tiempo personal. El tiempo es, ante todo, conciencia. Y conciencia no solamente de la duración de las cosas, sino principalmente, de nuestra transitoriedad inevitable. No conciencia de vivir sino de morir. Para mí el tiempo apareció demasiado pronto, a los veinte años, cuando debía ignorarlo todavía. ¿Cómo fue aquello?

Llovía. Los colores habían desaparecido. Ahora era un gris profundo, compacto, pesado, sucio. Tras de la niebla las moles de las montañas se insinuaban apenas, remotas y sombrías. Un silencio de muerte agobiaba las cosas y oprimía el corazón.,”

¿Nostalgia?

Sí. Profunda nostalgia, pues solo ahora conocemos este gran escritor colombiano y que después de muerto, le rindamos homenajes, por pintarnos el paisaje santandereano como parte de su herencia, para que no muera y que se perpetuará a través de la historia.

Nostalgia por Nietzsche y Marx, por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, por todos lo que no están y que no conocieron sus obras. Nostalgia por el sufrimiento que padeció por su enfermedad, por su corta vida, por la muerte, por todas las Familias de las Angustia. Nostalgia de saber que se le iba la vida sin terminar su obra para que lográramos entender que la literatura es la única arma que tenemos para estar vivos después de la muerte.

Bibliografía

<http://www.ellibrototal.com/>

<http://www.javeriana.edu.co>

Biografías Imaginarias-Colección de Estoraques

[1] VARGAS OSORIO, Tomás. Encuentro, en: Vidas Menores. IMPRENTA

[7] VARGAS OSORIO, Tomás. La ciudad junto al río, en: Cuadernos de paisaje. Op. Cit.

[8] VARGAS OSORIO, Tomás. El paisaje y el Hombre, en: Vidas Menores. Op. Cit. Pág.

